

El tiempo es un río sin orillas

SHA SHA GUTIÉRREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú

ssgutierrez@pucp.edu.pe

El tiempo es un río sin orillas de Laura Rosales es un poemario que reflexiona sobre el ser y el tiempo en términos de Martin Heidegger. Para el filósofo alemán, el “Dasein” es claramente un sujeto existencial, porque se siente arrojado al mundo y es consciente de que, haga lo que haga, morirá. El tiempo, en ese sentido, lo empuja a la muerte y, por ello, representa una gran problemática.

Desde el título del poemario, se revela el carácter ilimitado del tiempo: es un río sin orillas, sin marcas visibles que lo contengan. El tiempo fluye y nadie es capaz de detenerlo, tal como señala el segundo epígrafe del libro: “nadie ni el mismo tiempo / se atreve a interrumpir al tiempo” (p. 7). La certeza de que el tiempo estuvo allí desde antes que habitemos el mundo y seguirá estando allí luego de que lo dejemos abruma al sujeto heideggeriano, porque devela su finitud.

Si bien podemos identificar la angustia del yo poético por su conciencia sobre la muerte (“¿Hacia dónde vamos / con la humanidad entera asfaltada sobre la carne / sino a la muerte detrás de la otra orilla?”, p. 17), también podemos encontrar poemas donde el afecto predominante es el amor por el padre (“Sol invictus”) o por la palabra poética entendida como semilla (“Historia natural”). El deseo, por otra parte, se despliega en un poema como “L’ultimo caffè insieme”, bajo metáforas de la violencia: “mi sangre”, “mi piel incinerada”, “mi cuerpo era el mar rojo donde untabas tus dedos” (p. 11). Se observa, por tanto, una lucha entre las fuerzas del Eros y del Tánatos. Luego del encuentro con el otro —el amado—, el sujeto poético no sale indemne. Por ende, el cuerpo y la taza de café que beben y comparten son recipientes “agujereados”, “rotos” (pp. 11-12).

A pesar de ello, en este libro el ser femenino no se siente arrojado al mundo, sino entregado a él. Esto lo lleva a pensar el tiempo en un lugar



El tiempo es un río sin orillas

Laura Rosales

Alastor Editores

Lima, 2022, 50 pp.

de contención y no de opresión. En tal sentido, la relación del sujeto poético y la naturaleza es importante. Ella escucha a la naturaleza y busca, como el sujeto egureniano en *Simbólicas* (1911), descifrar su lenguaje: “Nace música de tus adentros / dobla el sonido en tus contornos. / Caído fruto sobre el cristalino humus de mi chacra / te escucho atenta desde un pararrayos” (p. 9). El fruto al que alude el yo poético es una piedra. Su particularidad es descubierta por la mirada excepcional de quien la contempla y decide escucharla. Asimismo, esta piedra no se encuentra en un lugar extraordinario o poco transitado, sino en la chacra del hablante lírico. Es decir, forma parte de su espacio cotidiano y familiar.

Esta sintonía entre el ser y la naturaleza se ilustra en la portada del libro, donde ya no hay fronteras entre el cuerpo celeste (el mar) y el cuerpo femenino. Los peces atraviesan su pecho y sus ojos. Se deja habitar por ellos y comparte su sentir. No es gratuito, en ese sentido, el segundo

epígrafe del poemario: “corren los restos sobre las aguas / y son los restos de mi corazón. / Así se rompen estos ríos y nada hay / más allá del lamento cauce abajo / torrente abajo / donde nos precipitamos llorándonos” (p. 7). ¿Quiénes lloran en los versos de Raúl Zurita? ¿Quién acompaña en su dolor al sujeto poético? El río. Al igual que el hablante lírico, este cuerpo celeste se “rompe” y llora. No es ajeno al sufrimiento del hombre. Se plantea así en el libro una serie de correspondencias entre lo humano y lo no humano, entre la parte (una piedra, una chacra, el individuo) y el todo (la naturaleza, el mundo, el tiempo), entre una realidad visible al ojo humano y una realidad invisible que el sujeto poético busca desentrañar: “Nací con ojos grandes para escribir de lo invisible” (p. 9).

Para lograr este desciframiento de la realidad, el hablante lírico se deja llevar por su sensorialidad y privilegia el sueño como un lugar de (auto)conocimiento y libertad. No resulta casual que el poemario se titule como una de las obras del pintor ruso Marc Chagall. Al igual que en esta pintura, la representación onírica —y a vivo color— de la realidad también se encuentra presente en cada uno de los veintidós poemas que conforman el libro, pues el texto se destaca por su cromatismo y su simbolismo. En *El tiempo es un río sin orillas* de Chagall, se proponen dos protagonistas: una criatura fantástica (una mezcla de pez, ave y humano) y el tiempo. La pintura crea la ilusión de que el pez alado sostiene el tiempo, pero en realidad es el tiempo quien lo sostiene a él. A su vez, no hay límites cromáticos entre el cielo y el mar. El azul inunda casi todo el espacio. Por otro lado, llama la atención la pequeña mano humana del pez, pues, así como sostiene (o es sostenido por) el tiempo, también sostiene (o es sostenido por) la música del violín. En el texto de Rosales, esta música emana de la piedra, de la naturaleza, de la poesía como acto creativo.